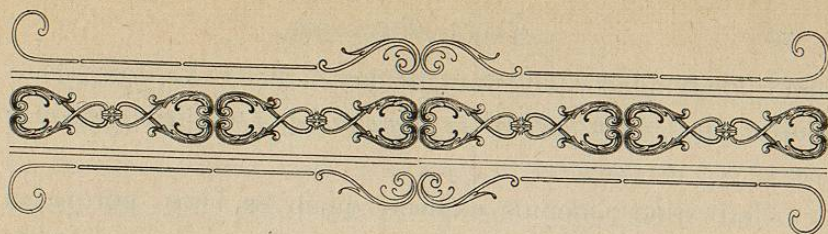


DE LA PRESENCIA DE DIOS

---



## DE LA PRESENCIA DE DIOS



HABLEMOS de Dios, que es dulce y deleitoso hablar de lo que mucho se ama. Hablemos de Dios, para que cada día se enamore más de Él nuestro pobre corazón, pues no hay en el mundo cosa, fuera de Dios, que merezca nuestros amores (1). Hablemos de Dios... Pero, ¿qué voy á decir, si no hallo palabras que expresen lo que el más fino entendimiento no puede comprender?... ¿Qué voy á hablar de Dios, á quien sólo conozco por lo que me enseña la fe y *por las maravillas de que ha llenado el mundo, las cuales publican su poder y su gloria*? (2). ¿Qué puedo decir, tratándose de Dios, si el Apóstol San Pablo, que fué arrebatado al paraíso, donde vió grandes arcanos, al intentar explicarlos, limitóse á decir que *ni ojo vió, ni oído oyó, ni pasó por pensamiento humano lo que reserva Dios para aquellos que le aman*? (3). ¿Cómo osaré yo, vil gusanillo, engolfarme en ese océano de luz, de

(1) Psal. LXXVI, 14.

(2) Psal. XVIII, 2; Rom., I, 20.

(3) Isai., LXIV, 4; I. Corinth., II, 9; II. Corinth., XII, 4.

amor, de bondad y belleza increadas, si dice el Espíritu Santo que *el que osare escudriñar la Majestad de Dios, será aplastado por el peso de su gloria?*... (1).

Pero si no podemos explicar quién es Dios, porque su inmensidad no cabe en nuestro entendimiento, en cambio podemos pensar en Él y hablar con Él á toda hora, y recrearnos con su presencia, aunque invisible á nuestros ojos (2), y esto es muy consolador para los que vivimos en este destierro. Sí, hermanas mías; podemos y aun debemos pensar en nuestro Dios (3) y hablar con Él en todo tiempo y lugar, porque es inmenso, y nada en la creación puede evitar su mirada (4). En el mundo son muy pocos los que piensan en Dios; por ello el Santo Rey David con harta razón llamó al mundo *tierra del olvido* (5), porque en él los hombres en todo piensan menos en Dios; en todo se ocupan menos en servirle; á todo atienden con extremada solicitud, menos á lo único que la merece toda (6); olvidan á quien nunca los olvida; no ven á quien siempre los está mirando; á todos ellos cuadra perfectamente aquella expresión del Bautista: *En medio de vosotros está Aquél á quien no conocéis* (7).

Por misericordia divina, no acontece así en *la tierra bendecida por Dios* (8), es decir, en el estado religioso, porque en él hay almas escogidas que aspiran á la santidad de la vida y á la pureza del corazón, y saben que uno de los medios más eficaces para lograrla estriba en el «ejercicio de la «presencia de Dios». De él voy á hablaros brevemente. La fe y la gracia nos ayudarán á practicarlo.

(1) Prov., XXV, 27; Eccli., III, 22.

(2) Coloss., I, 15; I. Timoth., I, 17.

(3) Deut., IV, 39; Prov., III, 6.

(4) Hebræ., IV, 13.

(5) Deut., XXXII, 18; Psal. LXXXVII, 13; Jerem., II, 32.

(6) Luc., X, 42.

(7) Joann., I, 26.

(8) Psal. LXXXIV, 2.

*Ejercitando la fe.* Que Dios está en todas partes, nos lo enseña la fe. Cristo, nuestro adorable Redentor, visible en cuanto hombre, está en el cielo y en el Santísimo Sacramento del altar, pero no está en todo lugar. Mas en cuanto Dios, está aquí presente, dentro de mí y en todo lugar. *El Espíritu del Señor*, dice el Sabio, *llena la redondez de la tierra* (1), y nos ve y lo vemos con los ojos del alma, que son los de la fe, y no es menester imaginarlo, sino creerlo, porque así es y no puede negarse, porque *Dios es inmenso* (2), y su Sér infinito lo llena todo. Nada hay en el cielo ni en la tierra que logre esconderse á su mirada, dice el Apóstol (3). *Si subo á los cielos*, escribe el real Profeta, *Señor, allí estáis: si bajo al fondo de los abismos, allí os encuentro: ¿adónde huiré, Señor, de vuestro Espíritu?, ¿dónde me esconderé para que no me vean vuestros ojos?* (4). *No está Dios lejos de nosotros*, dice San Pablo, porque *en Él vivimos, nos movemos y somos* (5). En realidad hállase Dios en nosotros más íntima é intrínsecamente presente que nosotros en nosotros mismos, porque *en Él vivimos*, y Él es el que da vida á todo cuanto vive; *en Él nos movemos*, y Él es el que da fuerza á todo cuanto se mueve; *en Él y de Él tenemos el sér*, y Él es el que da el sér á todo cuanto es. No importa que no lo veamos con los ojos del cuerpo, pues tampoco vemos el aire, y no obstante, envueltos en él vivimos, y sin él dejaríamos de existir. *¿Por ventura podrá ocultarse un hombre en algún escondrijo*, dice el Señor, *sin que yo lo vea?, ¿no lleno yo con mi presencia el cielo y la tierra?* (6). Imaginemos por un momento que Dios no está en nosotros conservando nuestro sér, y al punto dejaríamos de existir (7), porque nos faltaría la causa de nuestra exis-

(1) Sapient., I, 7-8.

(2) Symb. Athan.

(3) Hebræ., IV, 13; Psal. XVIII, 7.

(4) Psal. CXXXVIII, 8.

(5) Act., XVII, 28; Rom., XIV, 8.

(6) Jerem., XXIII, 24.

(7) Psal. CIII, 29.

tencia. Estamos, pues, llenos de Dios, rodeados de Dios y como engolfados en la inmensidad de Dios, porque su Sér infinito lo llena todo. *Dios*, dice el real Profeta, *tiene puestos sus ojos sobre todos y cada uno de los vivientes* (1); por tanto, ve con suma claridad todos los pensamientos de la mente, todos los deseos, afectos é intenciones del corazón y todas las buenas obras y pecados que se cometen sobre la haz de la tierra. *¿Por ventura*, dice el Santo Job, *no está el Señor observando mis caminos y contando todos mis pasos?* (2) *¿Quién osará ofender á Dios*, si piensa que en todo tiempo y lugar le está mirando, con poder absoluto para quitarle súbitamente la vida y echarlo al infierno?... *¿Quién no se empeñará en resistir con valor las tentaciones*, sabiendo que Dios le está mirando cómo lucha por su amor y aun le ayuda para que logre la victoria? (3)... *¿Quién no estará con modestia y decencia en cualquier lugar*, aun el más solitario y obscuro, si cree con viva fe que está en presencia de la soberana Majestad de Dios, cuya mirada, como escribe el Profeta, *penetra hasta el corazón y las entrañas del hombre?* (4). *¿Quién, finalmente, no obrará con la mayor rectitud y justicia* (5), si piensa que Dios, juez incorruptible (6), ha de pedirle cuenta después de la muerte aun de las palabras ociosas? (7). Ved cuánto aprovecha este ejercicio para conservar la pureza del corazón. Por eso dijo Dios al Santo Patriarca Abraham: *Anda en mi presencia, y serás perfecto* (8).

*Por la gracia.* También está Dios en nosotros por la gracia y la caridad, y éste es el segundo modo de considerarle presente en nosotros y mucho más práctico y eficaz

(1) Psal. XXXIII, 16; Eccli., XV, 20; Hebræ., IV, 13.

(2) Job, XXXI, 4.

(3) Psal. LXXX, 8; Psal. XC, 15.

(4) Jerem., XI, 20; I. Reg., XVI, 7; Psal. VII, 10; Rom., VIII, 27.

(5) Luc., I, 74-75.

(6) Isai., XXXIII, 22.

(7) Matth., XII, 36.

(8) Génes., XVII, 1.

que el anterior. En efecto: *Dios es caridad, y el que permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él* (1). Y Jesucristo ha dicho: *Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos morada en él* (2). Por ello añade San Lucas, *que el reino de Dios está dentro de nosotros* (3); y San Pablo, *que somos templo de Dios, y que el Espíritu Santo mora en nosotros* (4). Así lo ha prometido el mismo Dios: *Habitare en medio de ellos, y en medio de ellos andaré, y Yo seré su Dios* (5). Por tanto, aquí en nuestro corazón le tenemos por la fe y la caridad (6), dispuesto á escuchar benigno nuestras súplicas (7), y alumbrar nuestras tinieblas (8), y abastecer nuestra indigencia (9), y saciar el deseo anhelante de felicidad que ha puesto en nuestro corazón. ¡Qué dicha, hermanas mías!; si estamos en gracia, si tenemos limpia conciencia, con nosotros mora Dios. San Agustín lo buscaba en las cosas exteriores, en las criaturas, fuera de él, y al fin lo halló en su corazón (10). «Allí está Dios, dice Santa Teresa; con »nosotros mora por la gracia; mirémosle con los ojos del »alma, porque Él no se cansa de mirarnos. Podéis mirar, »dice la santa, cosas muy feas, y no podéis mirar la cosa »más hermosa que se puede imaginar? Sabed que no está »aguardando otra cosa sino que le miréis. *Vuelve tu rostro,* »nos dice como á la Esposa de los Cantares, *vuelve tu rostro,* »esposa mía, para que te vea. (11) Si pudiereis hacer esto muchas veces en el día—son palabras de la santa,—si pudiereis hacerlo muchas veces durante el día, mejor; si no, sean »pocas, que siempre saldréis con ganancia». Mucho agradaba á la Santa Madre este modo de presencia de Dios, pues

(1) I. Joann., IV, 16.

(2) Joann., XIV, 23

(3) Luc., XVII, 21.

(4) I. Corinth., III, 16; I. Corinth., VI, 19

(5) Levit., XXVI, 12; II. Corinth., VI, 16.

(6) Ephes., III, 17.

(7) Job, XII, 4; Psal. CXIX, 1; Luc., XI, 10; II. Corinth., VI, 2.

(8) Psal. XXXIII, 6.

(9) Prov., VIII, 21.

(10) Confes., lib. X, cap. 27.

(11) Cant., VI, 12.